

Se ha referido a esos acontecimientos que han marcado mucho la historia reciente. ¿Cómo los vivió usted personalmente?

Viví muy de cerca estos hechos porque estaba participando en la procesión y además me acompañaba un amigo al que yo había predispuesto de lo emocionantísimo que era ver salir al Jesús de las Seis de la iglesia de El Salvador. Aunque era de fuera, es una persona muy religiosa, tanto él como su mujer. Me emocionó que se le cayeran las lágrimas cuando se abrieron las puertas de la iglesia y salió el Jesús. Después de esa emoción de sentir que tú has transmitido a una persona de fuera, la emoción de lo que significan las Turbas, ver cómo al llegar a la altura del Centro Cultural Aguirre la cuestión empezaba a degenerar, he de reconocer que di media vuelta y me fui a casa. Lo viví con profunda tristeza, y los acontecimientos del año posterior también. Fueron un cúmulo de desencuentros enorme, con un problema tan difícil de resolver que nadie tiene culpa de nada y todos terminan teniendo responsabilidad de todo. Lo viví con dolor, mal, muy mal.

¿Qué conclusiones debemos extraer de esos momentos?

Me gustaría pensar que eso no va a caer en el olvido. Creo que la historia se escribe para aprender de ella. Lo del año 2002 fue una vergüenza, el 2003 marcó un período de reflexión y lo malo sería que la reflexión se acabase sólo porque la procesión se ha vuelto a componer exactamente igual. En el saludo del programa de Semana Santa del año pasado escribía que me alegraba de que la Semana Santa estuviera de nuevo felizmente completa en todos sus cuadros de la representación de la Pasión de Cristo. La Semana Santa sin uno de sus cuadros, sin cualquiera, no sería completa pero el Jesús de las Seis es muy especial, y yo me alegraba de eso y hacía votos porque todos hiciéramos un esfuerzo para que esa Semana Santa fuera la manifestación del carácter cívico, acogedor, de un pueblo, que es el pueblo de Cuenca, que debía ser tremendamente respetuoso y garante de sus tradiciones. Y acababa de una forma que nunca llegué a escribir, lo escribí pero lo quité, y que decía: "y el que no lo viva así que no participe, y que no venga". Me gustaría pensar que los malos momentos sirven para sacar grandes aprendizajes. Decía San Agustín que no hay doctrina que no tenga algo de verdad, ni de la que no se pueda extraer algo de verdad, y yo pretendo ser optimista en todo. Quiero pensar que de lo malo podemos sacar un bien y no me gustaría pensar que eso sólo fue una anécdota, porque es algo que marcó y hay que aprender de ello. La Semana Santa ha de estar presidida por el carácter acogedor, cívico y religioso, y aunque entonces no lo escribí, lo digo ahora, el que no lo perciba así o que no participe, si va a venir de fuera, que no venga.

En unos momentos de creciente secularización, y donde hay un amplio debate en la sociedad sobre lo que es un estado laico y la presencia de la religión en el ámbito público, usted que tiene una relación amplia con la gen-

te joven, ¿cree que la Semana Santa puede ser objeto de rechazo por parte de los jóvenes, que la pueden ver como un hecho religioso al que oponerse?

No. creo que no. La Semana Santa, como todo en la vida, pasa sus momentos de altibajos, de puntos álgidos y de crisis pero hay una cuestión de la que hablaba Fray Carlos Amigo y es que la religiosidad popular se mantiene durante siglos inalterable. Yo soy muy optimista y creo que los jóvenes no son una generación tan perdida como la gente piensa. Hay mucha nobleza, mucha bondad y en consecuencia mucha predisposición hacia el bien, aunque también haya alguno que se encargue de alterar esa imagen.

Lo que sí que parece es que estamos inmersos en un proceso de cambio en la Semana Santa. Por primera vez, nada menos que la Procesión del Santo Entierro no va a pasar por Carretería, algo que para algunos era impensable hace años...

Sí, pero yo creo que la esencia de la Semana Santa no está en los recorridos. La esencia de la Semana Santa va más allá. Es un símbolo de identificación y de unión de los conqueses, de los que participan bajo el banzo, de los que participan en las filas, de los que, convencidos, participan como turbos, y de los que participan simplemente como espectadores en las aceras. Eso es lo esencial de la Semana Santa, los seres humanos que sentimos como propio algo que viene heredado desde hace siglos y que hay que mantener. Está claro que habrá cosas que habrá que cambiar, pero no creo que sea lo más importante. Lo importante es lo que los conqueses llevemos en el corazón y que estemos dispuestos a mantenerla y defenderla.

Se está hablando mucho del futuro Museo de Semana Santa, un proyecto que excede con mucho de las posibilidades económicas de la Junta de Cofradías. Teniendo en cuenta su experiencia en cuanto al conocimiento de las instituciones públicas y cómo funcionan estas cosas, ¿cree que realmente es viable un Museo de Semana Santa como el que se ha proyectado?

Lo lamentable sería que una vez materializado el edificio y las inversiones que se han hecho no consiguiéramos hacer entre todos los nazarenos, no sólo las instituciones, algo positivo de ese edificio. Hacer un museo es muy complicado, es difícil, exige no sólo inversiones sino también muchísima dedicación a las personas que se vayan a ocupar de ponerlo en marcha, y muchísima imaginación. Un museo, en el año 2005, no puede ser simplemente una colección de coronas y mantos porque acabaría siendo un museo arqueológico de la Semana Santa y no un museo vivo. No cabe duda de que es un proyecto complicado, difícil porque, insisto, necesita euros, pero también necesita tiempo, necesita imaginación para hacer algo novedoso dentro de lo tradicional. Soy ligeramente optimista y mis compañeros de equipo, sobre todo Enrique Abarca que también es muy semanatero y que es con el que más hablo de esto, me dicen que me paso de optimista, pero todo depende de si los veinte mil nazarenos que hipotéticamente